

lamentario sobre *La Internacional*. Pero el interés político no estaba en el Congreso, sino fuera de él, en los conciliábulos y recíprocas embajadas de los dos feroces bandos que se disputaban la primacía. Rompieron en terrible pelea zorrillescos y sagastorros. Cada uno de los jefes de estas dos revoltosas taifas dió al país su manifiesto. Leílos yo, y la verdad, no encontré gran diferencia entre una y otra soflama. No era obra de romanos concordarlos y hacer de los dos uno solo, que fuera cimiento en que fundar honrosas y duraderas paces... Los padres de las criaturas, que parecían mellizas, Zorrilla y Sagasta, se avinieron á nombrar un Jurado ó comisión de arbitraje que examinara los dos manifiestos, y desarmándolos y volviéndolos á armar en un solo cuerpo de doctrina y conducta, creara el progresismo único y de una sola pieza, amplio terreno dogmático en que pudieran vivir y comer todos los caballeros de la orden setembrina. ¡Qué cosa más sencilla, ¡vive Dios!, y qué facilísima dificultad!

Apoderados de don Práxedes fueron Calatrava, el Marqués de Perales y don Cipriano Montesinos; de Zorrilla, Fernández de los Ríos y Moya (don Javier). A éstos, por si eran pocos á discutir, se unieron luego otros cuantos, que no me tomo el trabajo de citar, pues para lo que hicieron vale más dejarlos recostaditos en el almohadón del olvido... Conque, manos á la obra, caballeros. Un día se reunían aquí, otro allá, y vengan consul-

tas, vengan ponencias, vengan... Y no sigo, pues me urge decir que cuando comenzaban los finos dedos de los señores jurados á tejer aquella tela de *Pentecostés* (como decía un General de la época queriendo decir *Penélope*), recibí segunda carta de la italiana, más perfumada y más pequeña que la primera. Diómela la misma criadita en el mismo sitio, y yo, poseído de zozobra, escapé á leerla lo más lejos posible, y no pareciéndome bastante segura la distancia de la plaza del Progreso, fui á dar con mi cuerpo y mi epístola olorosa... más abajo de Antón Martín.

¡Oh, *Tito*, afortunado mortal! ¡La incógnita dama te indicaba calle y número... y hora para recibirme! Aventura tan bonita y novelésca no se presentó jamás á ningún nacido. Esto pensaba yo cuando me acercaba, tímido y dudoso amante, á la gruta en que la diosa se ocultaba. La misma duda aumentaba el encanto de amor. ¿Sería Graziella una hermosa ninfa, ó un culebrón espantable? Pronto había de verlo.

IX

Ni culebrón repugnante ni hermosura radiosa. La llamada Graziella, italiana ó española, debiera ser clasificada en el tipo vulgar de la escala femenina, si no le dieran valor estético las llamaradas de sus ojos ne-

gros, su graciosa movilidad de ardilla, y el libre chorro de su lenguaje atrevido y pintoresco... En mi primera visita, que hubo de ser corta, como simple acto informativo, de puro reconocimiento, no pude adquirir la identificación completa de mi nueva conquista, nombre, familia, lugar de nacimiento. Dióme en la nariz que el nombre de Graziella era postizo, la nacionalidad dudosa, la mujer un misterio, una cifra oscura de interpretación imposible. La gruta de tan singular ninfa estaba en barrio muy distante del mío, allá por Monteleón ó Maravillas. El interior era reducido y pulcro: pocas y bien arregladas estancias, gabinete coquetón y alcoba rosada. Sorprendióme el adorno de paredes, donde descollaban panderetas pintadas entre láminas de Santos y Vírgenes de distintas advocaciones, Pilar, Desamparados, Sagrario y Paloma. En peana y entre flores vi á San Antonio, el frailecito amable, indulgente patrono de las enamoradas. En la heteróclita casa vi á la mozuela que me llevara las caritas, y una mujerona que se escurría por los pasillos sin otro rumor que el de toses y carraspera. Era un anchuroso bulto de vieja, ó una elefanta en dos pies cubierta de refajos...

En nuestra conversación inicial, la enigmática hembra puso algo de sordina en su expresivo hablar de amores y en su liviano propósito de entenderse conmigo. «Ya ves, Tito —me dijo con donaire,— que la franqueza es mi Norte y mi Sur, mi Este y mi *Aquel*.

Si te dijera que soy honrada, te echarías á reír. Tráeme una honradez que me dé de comer, y tendrás que santiguarte al entrar en mi casa. Yo he admirado en ti al caballero valiente, vengador de la virtud ultrajada. Eres chico y grande... Me gustaste por tu hazaña, y más me gustas ahora que te conozco... Pero entendámonos. Tú eres pobre. A mí no me hace maldita gracia la pobreza... No soy hermosa; pero no soy pava... Soy de esas feas que dan la desazón y revuelven medio mundo... Como no quiero perjudicarte, lo primero que te digo es que no dejes á tu tendar lozana y rica... La engañas un tantico, y nada más. Yo no engaño... Vivo en libertad... protegida por la Corte Celestial... Entre los santos que cuelgan de estas paredes, hay uno, que no se ve, y es mi *Santo Gusto*... Por el reverso de los santirulicos, andan mis diablillos, quiero decir mis rencores y malos quererres... Has de saber que uno de mis mayores odios ha sido ese ladrón de Alberique... Algún día te contaré la trastada que me hizo, y que no pagaré con cien vidas.»

Tras una pausa grave, siguió así: «Ya me irás conociendo; soy voluble, caprichosa y un demonio de travesura... Tengo una virtud, digo, muchas virtudes... Vas á saberlas: 1.^a, que el que me la hace me la paga; 2.^a, que todo lo que digan de mí me sale por una friolera; 3.^a, que soy larga en tomar dinero, y más larga todavía para darlo al que lo necesita... Si tú hicieras comedias y quisie-

ras sacarme en una, deberías titularla: *La deshonrada más honrada.*»

Volví á mi casa un poco aturdido. Pensando en mi aventura, hice propósito de proceder con cautela. No me convenía dejar lo cierto por lo dudoso, ni sacrificar lo positivo á lo de puro pasatiempo y fantasía. Tuve la suerte de que mi señora Cabeza no estuviese aquel día tocada de celera, y sacudiéndome el perfume, salí pronto de mi cuidado. Al día siguiente tuve ocupaciones en casa; pero al otro, que fué viernes, me entendí con un amigo progresista radical para que me escribiese llamándome á una entrevista con Zorrilla, que quería encargarme un trabajo de pluma urgentísimo. Con este sutil engaño, en que fácilmente cayó mi Cabeza (que si en amores era la misma suspicacia, en política tenía tragaderas para cuanto se le quisiera echar), me fuí á la gruta, donde pasé toda la tarde con la endiablada ninfa, recreándome con su grácil salero, y disfrutando en su compañía variedad de esparcimientos, algunos, créanmelo, del orden espiritual...

Del ingenio y del libertinaje de la diabólica italiana (me aseguró aquel día que era hija de un cardenal) saqué no pocas enseñanzas para mi estudio y conocimiento del mundo. Ratos pasé de alegría, ratos de confusión y perplejidad. Si mi huésped me empezó la tarde con dulce temple, luego le sobrevino de súbito la racha de las diabluras, y me fastidió de medio á medio, al acercarse la hora de separarnos. «Tito, *mio caro*,—me dijo cuando

me disponía para la retirada.—Me ha picado la tarántula, y esta noche quiero darte un bromazo... y otro á tu doña Cabeza.

—¿Qué dices, Graziella?

—No pongas esa cara de tonto. Esta noche no vas á tu casa. Yo lo he determinado así. ¿No me has dicho que soy una ninfa hechicera? Pues prepárate á pasar la noche en mi gruta.

—Graziella, por San Antonio bendito, que te custodia, no gastes bromas trágicas.

—Aquí estaremos los dos divirtiéndonos con la idea de lo que ha de rabiarse doña Cabeza. ¿No me has dicho que es celosa y que te huele la ropa y te registra los bolsillos? Pues yo detesto á las personas celosas, y me divierto aplicándoles al corazón un hierro encendido al rojo. Yo soy así.»

Protesté indignado... Pero Graziella, con infernal risa, me dijo que me había escondido botas, ropa y sombrero, y que estaba cautivo, sin que por ningún medio pudiera evitarlo. Omito, por no fatigar á mis lectores, los gritos que proferí, ahora coléricos, ahora suplicantes; las vueltas que di por toda la casa, descalzo y en mangas de camisa, buscando mi ropa; los extremos de ira y desesperación; los ruegos y amenazas; el último recurso de mi desesperación, que fué lanzarme escaleras abajo, escaleras arriba, llamando al portero, á los vecinos para que me sacaran de aquel aprieto. ¿Dónde estaba la policía, dónde el alcalde de barrio, dónde el sereno que ampararan á un honrado cliente

de la nefanda Antarés, diosa del quinto Infierno?

Nada me valió. Con risueña frescura Graziella contemplaba mi sufrimiento; la muchacha reía, y la vieja elefanta deforme y carraspianta se mofaba también de mí.

Dieron las ocho, las nueve, y cuando sonaron las diez me rendí... «Ya no te atreverías á ir á tu casa si yo te soltara—me dijo la hechicera,—porque Cabeza te sacaría los ojos. Vale más que esta noche prepares aquí tranquilamente el lindo embuste con que podrás aplacarla mañana. ¿No le diste el pego con una fingida carta de Zorrilla, llamándole para escribir con él un papelón político? Pues date prisa: escríbelo aquí. Yo te ayudaré.» Esta donosa superchería me consoló un tanto. Audaz era la idea; pero no despreciable para soslayar el peligro y gravedad de mi situación. En esto pusieron la mesa para cenar. Cuatro cubiertos vi: sin duda comíamos juntos las criadas, Graziella y yo. ¡Oh, burlesca democracia y confusión de clases! La cena fué substanciosa: estofado y frituras, hojaldres y polvorones, todo ello ingerido con el estímulo de un vino blanco, excitante y traicionero, que á los pocos tragos me puso perdido de la cabeza, alterándome la justa percepción de las cosas. Advertí que Graziella tragaba como si no hubiera comido en tres días, y que la vieja elefanta, sin dar paz á los dientes, rezongaba conceptos ininteligibles. El recuerdo más claro de aquella noche fué que, después de cenar, me cogie-

ron en vilo las tres mujeres, y con gran chacota y fiesta me arrojaron sobre la cama como un fardo insensible.

¡Noche de fiebre, de un girar vertiginoso en torno de mi propio pensamiento! La primera sensación de la mañana siguiente fué que una de las tres, no sé cuál, me llevó en brazos á la salita que comunicaba con el gabinete. Yo me sentía más chiquitín; no pesaba ni abultaba más que un nene de cinco años. Desgreñada, pálida y pitañosa, Graziella me sirvió café con leche y tostadas. Me entoné con el brebaje caliente... Junto á la butaca donde mi menguada persona yacía, pusieron un velador con papel en cuartillas, tintero y pluma, y la ninfa me dijo: «Aquí tienes los avíos de escribir. Tómalo con calma. Fácilmente podrás enjaretar el *turri burri*, que supones dictado por ese don Manuel, para dársela con queso á tu cara mitad. ¡Pobre Cabeza... destornillada! Dará gusto verla con el adorno de la vistosa cornamenta que le has puesto. Siento que mi peinadora no sea la suya. Yo le diría: «Cuando arregle á esa señora, lleve serrucho en vez de peine. ¡Ay Tito mío chiquitín!... Eres lindo y perverso: así me gustas.»

En esto, entró la matrona corpulenta trayéndome de la calle todos los periódicos del día y de la noche anterior: *Iberia*, *Correspondencia*, *Novedades*, *Eco de España*, *Tiempo*, *Pensamiento Español*, *Universal*, *Discusión* y alguno más. «Ahí tienes hilaza—me dijo Graziella.—Ya puedes hilar y tejer

cuanto quieras.» Viendo salir á la vieja pregunté su nombre, condición y empleo que en la casa tenía, á lo que respondió mi tirana: «Es la tía *Mariello*, comerciante de antigüedades y papeles viejos, que ha venido á menos. Yo le doy albergue, y me hace servicios menudos y recados. Tú la conoces: no te hagas de nuevas... No se ha podido averiguar la edad que tiene. Hay quien asegura que nació un poquito después del principio del mundo. No siempre está en el mal pergenio en que ahora la ves. Si en tales ó cuales días viene á menos, en otros sube á más, y se pone unas botas al modo de borreguies de cuero carmesí, con tacones dorados, y de gordiflona y ordinaria se te vuelve esbelta y elegante... Sabe más de lo que parece, y cuando escribe lo hace con primor. Llámala para que te ayude, y te dará buena cuenta de lo mucho que ha visto, y te alumbrará las entendederas para que sepas ver lo que ahora pasa.»

Oí estas advertencias de la diablesa como si sus palabras fueran rum rum de mis propios oídos. Yo no estaba en mis cabales. Sospeché que aún me duraba el efecto del vinazo ardiente que aquellas hechiceras, brujas ó lo que fuesen, me dieron en la cena de la noche anterior. Fuése *Graziella*, reclamada por su peinadora, y yo me puse á leer periódicos... Largo tiempo, á mi parecer, invertí en la lectura, que fué irregular y nerviosa, saltando de uno en otro papel, y fijándome en todos antes que en ninguno

de ellos. ¿Qué decían? Que si el Jurado encontraba la fórmula, que si la fórmula resbalaba cual anguila en las manos de aquellos respetables majaderos... De pronto vi á la vieja sentada frente á mí. No supe cuándo ni por dónde entró. Apoyaba sus robustos brazos en el velador, y me acariciaba con su mirada complaciente. Sus cabellos, que antes me parecieron blancos, tenían irisaciones y reflejos que en las ondas del rizado tan pronto eran oro como plata. Su rostro se había tornado apacible, tirando á hermoso, y el volumen de su cuerpo quedaba reducido á las proporciones de una mujer de medianas carnes.

Antes de que yo le hablara, acercó sus dedos al rintero de periódicos, y con voz que de ronca se había trocado en blanda, me dijo: «Pobre Tito, si para sortear la furia de tu mujer engañada has de fingir un alegato dictado por el bueno de Zorrilla, puedes empezar diciendo que los del Jurado no acabarán de encontrar la fórmula de avenencia hasta el momento preciso en que suenen las trompetas del Juicio final. De estos hombres que ponen en la mediocridad el límite más alto de sus ambiciones, nada puede esperarse. Ya ves. Empezaron por decir que no veían gran diferencia entre los dos manifiestos. Se les dice: «A ver, á ver. Reducid las dos monsergas á una sola», y empiezan á quitar ó poner esta ó la otra palabra, y aquí doy un toque, allá otro toque.

—Ya, ya... Y luego vienen las consultas... ¿Qué les parece?... «Nos parece—responden

de allá—que ahora debe atenuarse aquel verbo, y poner aquí un adjetivo de más color.»

—«Está bien», dicen los otros...—prosiguió Mariclió zumbona.—Pero antes conviene discutir la cuestión previa, para fijar la forma y manera de proceder en este negocio.» Y en la cuestión previa se pasan días y días, noches y noches.

—Llegan al artículo de *La Internacional*... ¡Ah!, es indispensable poner algún freno á ese monstruo disolvente.

—Sí, sí... Pero ¡ah!, no toquemos á los derechos individuales, inalienables... Sistema preventivo... No, no, represivo... Pues hagamos un bello maridaje de lo represivo y de lo preventivo...

—Viene la cuestión de Cuba. ¡Ah!, ante todo la *integridad del territorio*... Cuestión elemental, cuestión previa.

—Pero ¡ah!, las reformas se imponen... No puede España permanecer divorciada de la opinión universal.

—Sí, sí... reformas, aire nuevo... Pero ¡ah!, alentemos la abnegación y el patriotismo de los Voluntarios de Cuba, salvaguardia del honor de España, y de la integridad, etc...

—Por encima de todo, los derechos ilegales, por ser naturales, inherentes á la personalidad humana... Pero ¡ah!, medios ha de tener siempre el Gobierno para castigar, sin salirse de la Constitución; todo acto político de carácter inmoral ó delictivo...

—Otra cuestión á debatir: *La Internacio-*

nal, ¿es moral ó inmoral? Que sí, que no... Por fin, tras largas disputas enredosas, declaraban que entre el programa de Sagasta y el de Zorrilla no había un comino de diferencia... Pero ¡ah!...»

Rompimos en franca risa los dos, mirándonos sin pestañear. Y ella fué la primera que convirtió las notas picantes de su risa en palabras donosas.

—¡Ay, Tito, no sé cómo me río hablando de estas cosas que son, ¡vive Dios!, tan tristes! ¡Que un país, donde hay sin fin de hombres que discurren con juicio, y sienten en sí mismos y en conjunto el malestar hondo de la Patria; que una Nación europea y cristiana esté en manos de esta cuadrilla de politicajos por oficio y rutinas abogaciles, hombres de menguada ambición, mil veces más dañinos que los ambiciosos de alto vuelo! Si algo pudiera contra ellos, los barrería como barro esta sala, regándolos antes para no levantar polvo, y mezclados con serrín los metería en su más adecuado sumidero, que es el eterno olvido.

—Pues anda, anda... En este periódico veo que después de inútiles conferencias, alambicando palabras, y evacuando consultas... ¡ridículas diplomacias!, salimos con que todos se sacrifican... No hay avenencia... ¡Ah!, yo me sacrifico... No quiero ser obstáculo... Y salta otro por allí sacrificándose...

—Sacrifiquémonos. Eso dicen cuando se ven cogidos en la última maraña de sus en-

redos... Si creen que debe sustituirse en el manifiesto la palabra *pitos* por la palabra *flautas*, hágase en buen hora; pero ¡ah!, mi dignidad no me permite...

—Y por allí salta otro diciendo que su *Credo* es tal ó cual cosa, y que no puede quitar ni una tilde de su *Credo*. ¡Valientes *Credos*, valientes *Salves* las que rezan estos farsantes! Riámonos de su indigna dignidad y de sus interesados sacrificios. Si no se avienen á vivir juntos en una sola iglesia con un solo *Credo* y un solo *Gloria patri*, es porque en caso de avenencia sólo serían ministros las cabezas más visibles...; mientras que dividiéndose en hatillos ó cofradías de corto personal, irían todos entrando en el comedero, y hasta los gatos serían ministrables. La ambición de estos hombres raquíuticos y de cortas luces, se limita, como ves, á la vanidad de ser ministros, sin otros fines que darse tono, repartir empleos, y que la señora y los niños paseen en coche galonado. Ello les dura poco tiempo, y salen del Gobierno en completa virginidad política. Lo más que han hecho es *estudiar* los asuntos que allí se quedán para que los *estudie* el sucesor. Esta caterva de *estudiantes* debiera ser mandada, ¡voto á Sanes!, al Limbo de las eternas vacaciones...»

Esto dijo la vieja *Mariclio*, á quien dipté por persona sagaz y de mundana picardía. Salió para entrar de nuevo, y durante su ausencia, me visitó Graziella en un intermedio de sus abluciones. Aún le faltaban toques de

afeite y compostura, y el pelo lo traía suelto... La peinadora, que podía pasar por hombre público, según lo que charlaba y peroraba; lucía en el cercano gabinete la soltura de su lengua. La tía *Mariclio* volvió á mí con un libro viejo, que abrió sobre el velador, sentándose en postura de escribir. «Aquí voy yo anotando... Mira, mira—me dijo risueña, escribiendo con un estilete que á cada momento se llevaba á la boca para mojarlo con su saliva.—Obligada estoy por mi Destino á mencionar todo lo que hace esta gentezuela; pero escribo sus nombres con una saliva especial que me dió mi padre para estos casos.

—¿Qué casos?

—Esta saliva tiene una virtud preciosa. Lo que con ella escribo se lee hoy, se lee mañana; pero luego se borra y no llega á la posteridad.»

X

Ignoro cómo tracé, con rápido mover de pluma, lo que suponía dictado por don Manuel Ruiz Zorrilla; pero hablando en conciencia, no puedo afirmar sino que me lo dictaron los mismos demonios. En mi escrito, que no tiene principio ni fin, ensalcé el radicalismo puro, única receta para sacar á esta Nación de su atonía y somnolencia mortíferas. Si don Manuel se sentía con redaños para obra tan grande, bastárale plantarse en

firme, y dar grandes voces diciendo: «Cortes y Rey, caterva de políticos intrigantes y ociosos: Convocad á la Nación con verdad y honradez, y ella os dará un criterio de gobierno. ¿No queréis hacerlo? ¿Teméis que os manden á todos al corral? Pues aquí estoy yo para esa hombrada... ¿Que yo tampoco me atrevo? Pues al corral con vosotros... Venga un hombre, un tiazó que hable poco y sepa sacar la voluntad nacional de las teorías pedantescas á la realidad viva... O perecemos como nación, ó hay que rehacerla desde el cimiento. Justicia, Ejército, Administración, Trabajo, Igualdad ante la ley, Libertad de la conciencia. Que todo sea nuevo, de flamante material y hechura... Que todo sea tan sólidamente construído que no podamos volver atrás, y que si cuatro carcundas ó cinco sacristanes intentasen remover las viejas ruinas, sean hechos polvo, y el polvo aventado por los espacios infinitos...» Estos y otros disparates escribí con mano febril, dejándome arrastrar de mi ardiente imaginación, y de mi odio á las repugnantes rutinas y ficciones que forman el entramado político y social de nuestra existencia.

Tres, cinco, seis pliegos emborroné, cual máquina que obedece á un impulso extraño y superior. En mi delirio llegué á trazar planes y programas de orden jurídico, financiero, social: Presupuestos, Organización de tribunales, Mecanismo electoral, Espectáculos públicos, Relaciones entre el Municipio,

la Provincia y el Estado; Ley de Servicio militar, Catastro, Minas, Código de Comercio, y mil y mil disposiciones que en surtidor inagotable salían de mi cabeza... Y en los pasajes más afluentes de mi inspiración metía paréntesis imperativos: «Don Manuel, ánimo; don Manuel, atévase; don Manuel, ahora ó nunca...» La presencia de Graziella, ya peinadita y acicalada, contuvo un tanto la velocidad de mi rotación cerebral. Leyó algo de lo que yo escribía; lo alabó sin entenderlo, y yo le dije: «Espérate un poco, ninfa hechicera. Déjame acabar. Aún me falta lo de Culto y Clero, Instrucción Pública...; ahí es nada... Receta contra frailes y monjas...»

—Con toda esa monserga que llevas á tu casa, doña Cabeza quedará desenojada. El toque está en que sorteas la primera embestida de la fiera celosa...

—Déjame acabar. Pongo la última razón: «Don Manuel de mi alma: ó sois el salvador de España, ó quedaréis perdido en el montón gregario, donde se os pondrá un cencerro y pastaréis tranquilamente en el presupuesto...»

Concluído mi trabajo, me sentí satisfecho, y hasta cierto punto conforme con la esclavitud que la hechicera me imponía. Ya me inquietaban menos los temores y el deseo de volver á mi casa. Hallábame un si es no es alelado, como si obraran en mi voluntad los efectos de un licor ó esencia de extraordinaria virtud aplanante. A ratos dormía, y en

mi sueño me asaltaban visiones placenteras, me arrullaron lejanos cantos eróticos de niñas, entre cuyas voces distinguí la de Graziella con agudas notas humorísticas... Desperté, y halléme solo en la casa, la puerta cerrada con llave... Entraron luego la italiana y su criadita, que me traían dulces, cigarrillos y más botellas de aquel delicioso y somnífero vino que me apagaba la voluntad, y me encendía la imaginación con ardores resplandecientes... No pedí á mis carceleras que me devolviesen la libertad. Dulce pereza me familiarizaba con la atmósfera tibia y perfumada de aquel presidio. Pasó todo el día sin que me aliviara de la holganza, y vi llegar la noche sin que me asustase la idea de pasarla blandamente en la serena gruta.

En mi segunda noche, no vi á *Mariclio*. Pregunté por ella, y dijeronme que había ido á la Academia de la Historia (calle de León), donde cobra la menguada pensioncilla de que vive. En aquella casa venerable, suele entretenerse ayudando al conserje en el barrido de la biblioteca, y en quitar el polvo á los estantes. Si le anochece en esta faena, suele quedarse á dormir en la portería, y por la mañana le cepilla la ropa al gran don Marcelino, por quien siente ardoroso cariño maternal... Prosigo contando que yo dormitaba, y Graziella, junto á mí, escribía cartas en el velador. Y á cada renglón que trazaba se interrumpía para celebrar con risas lo que había puesto en el papel.

«Estás en ascuas—me dijo—viéndome es-

cribir y reír juntamente. Es que cuando estoy aburrída, me entretengo escribiendo anónimos... Verás... escribo á las damas católicas y alfonsinas, que andan en intriga contra el pobre don Amadeo y su mujer... En mis cartas figuro que soy también católica, y que para traer al Alfonsito, ofrezco todo el *parné* que tengo... En ésta he firmado la *Marquesa del Congosto*, y en esta otra la *Condesa de Pata del Cid*... No creas, algunas las pongo con tan lindo artificio que no parecen de burlas. Otra voy á poner diciéndo que á mis *tées* viene todita la crema de Loeches. Me divierto la mar. Les digo que cuenten conmigo para todo, y que vino á verme Zorrilla para ofrecerme la plaza de Camarera de doña María Victoria, y yo le respondí: «Para ese cargo pongo á su disposición cualquiera de mis criadas...» Voy á escribir otra en que me planto título de Duquesa, y digo que en mi palacio se han reunido ayer el Obispo de la diócesis y el Clero castrense, Sor Patrocinio, el fiel de fechos y dos generales invictos, manifestando todos á una que están decididos á pronunciarse por Alfonso y á dar el grito un día de éstos, con la fresca...»

Leyendo y comentando los disparates con que amenizaba sus ratos de ociosidad, me entretuvo la diablesa toda la prima noche... Me maravillaba que, en largas horas de mi permanencia en la gruta, no fuera ésta visitada de hombres... A mis dudas contestó, poniéndose un poquito seria, lo que literalmente copio: «Aquí no vienen hombres, Tito... Por-

que has entrado tú, no vayas á creer... que esta casa es un tranvía para el Infierno... Infierno no digamos... En fin, lo que sea. Yo vivo amparada por un señor, por un caballero..., te lo diré claro, por un sacerdote que podría ser mi padre... y por su comportamiento conmigo lo es. Créelo, Tito, aunque lo oigas de estos labios míos, que te parecerán mentirosos; puedes creerme que persona como esa no existe en el mundo, y que si entre tantas virtudes no tuviera la flaqueza de quererme sería un verdadero santo, mejor que muchos que se han encaramado en los altares. El nombre no te lo diré; lo venero y guardo por respeto... Es bueno para todos; es humano, caritativo, y no se asusta de nada. En su oficio de cuidar de las almas cumple como el primero... Reprinde todos los vicios; pero hay uno en que á mi buen cura le falta valor para incomodarse..., y abre la mano... Lo que él me ha dicho mil veces: «Por esta debilidad, que es imperio de la carne, no se va al Infierno. Se va por la crueldad, por el no socorrer á nuestros semejantes cuando están necesitados, por levantar falsos testimonios, por la usura, la ira y la soberbia.»

—Me dejas atónito, Graziella. ¿Y cómo has encontrado ese mirlo blanco, ese espejo de los caballeros, más digno cuanto más tonsurado?

—¡Ay, no fué poca mi suerte al dar con él! Perdida andaba yo, cuando una casualidad me deparó su conocimiento. Hará de esto

diez años. Me recogió y amparó... Prendóse de mí; le cautivaba el fenómeno de que siendo yo lo que era tuviese el poquito de ilustración que se me pegó en Italia. El también estuvo en Italia. Era familiar de un cardenal español, y fué con él al cónclave en que eligieron Papa á Pío IX. Cuenta cosas muy interesantes del cónclave y de fuera de él. En Roma perdió la fe... Ya sabes: *Roma vedutta, fede perdutta*.

—¿Y no quieres decirme...?

—No, no, Tito; el nombre no me lo preguntas... Es persona muy conocida, muy apreciada en Madrid... Puedo alabarle, puedo contarte lo bueno que es...; pero la boca se me cierra al querer pronunciar su nombre. Si algún día lo sabes, te lo callas, guárdate de decir que es mi protector, y que viene á verme una ó dos veces por semana... Antes venía más á menudo; ya no puede... Está viejo, achacoso...; las piernas le flaquean... Ya no dice misa todos los días... Sale poco de su casa... Y ninguna falta le hace trabajar en el oficio de cura, porque es rico. Tiene fincas allá por Toledo, y dinero en el Banco.»

A propósito de la riqueza del santo varón, dije á la ninfa que bien podría contar con una parte en la herencia, si no había sobrinos ó amas con mayor derecho, y Graziella me aseguró que no tenía pizca de ambición en lo tocante á intereses. De aquí derivó la conversación hacia el terreno moral, y no pude ocultar á la moza mi extrañeza de que

no guardara fidelidad á un protector tan generoso y bueno. Delicada era la cuestión. Graziella supo sortearla con sutil razonamiento y gracia... Harto sabía el caballero sacerdote que su protegida era de la piel del diablo, alocada fantasía y temperamento inflamable. Tolerante y filósofo, no había de exigir que... Sin manifestarlo claramente, dió á entender á su amiga que podría tomarse una libertad relativa..., evitando todo escándalo. Mil veces le había dicho que no era pecado... sino en tanto cuanto... Ni Graziella encontraba la fórmula racional para cohonestar sus pasatiempos licenciosos, ni yo podía dar mi conformidad á tan absurda ética.

Con nuevos pormenores adornó la ninfa su peregrino cuento. La razón de su odio al farsante Alberique era que este malvado, furioso porque ella desatendió sus requiebrajos, cometió la villanía de abochornar públicamente al cura, una mañana, á la salida de la parroquia de San Marcos. De aquí provino el entusiasmo y alegría de ella cuando supo que yo le había metido una bala en el cuerpo, y el felicitarme y hacerme por escrito amorosas carantoñas, llamándome valiente caballero, y un poquito héroe... Otro detalle: el buen presbítero era muy aficionado á los estudios históricos; poseía copiosa biblioteca, y mataba sus largos ocios escribiendo una obra de mucha miga, titulada: *Historia del Clero Mozárabe en la diócesis de Toledo*. «Y para que te enteres, Tito—añadió Graziella poniendo toda el alma en sus ojos,—aquellos

benditos clérigos no eran *solteros*, y todos tenían sus lindas barraganas. De su gran obra, ya lleva el señor publicados tres tomos...; la venerable *Mariclio* que has visto en casa, sabe de estas cosas más que yo. Ella te contará...»

Esto y algo más que hablamos completó en mi mente la figura extraña de la hechicera, que en su gruta me alojó tres días. Al tercero salí, más que por impulso mío, por un suave empujón de ella, que así me dijo: «Ya es hora, Tito, de que vuelvas á tu casa. Anda; muéstrale á tu consorte el programa pistonudo que te ha dictado don Manuel. Tres días y dos noches te ha tenido en su casa sin dejarte salir... Entiendo yo que al verte llegar, Cabeza te recibirá de uñas, bramando improprios y rugiendo amenazas. Pero en cuánto se entere de lo que rezan esos papeles, se irá trocando de frenética en razonable, y de dura en tierna. Si así no fuere, aplícale unos cuantos bastonazos en las partes blandas, con que la sacudas bien el polvo sin hacerle daño. Verás qué pronto se le aplaca el genio... Anda, hijo mío; no lo pienses más. Animo, y á la *Cabeza*.»

Salí de la gruta con flojera de piernas y desmayo de mi corazón, y en todo el largo trayecto desde aquel lejano barrio al mío, fui pensando en la catástrofe que esperaba y temía. Al dar en mi calle los primeros pasos me detuve á pensar si no me convendría más volverme atrás y emprender definitiva y veloz carrera en sentido contrario. La ima-

gen de María de la Cabeza Ventosa de San José se me ofrecía en el pensamiento como la de una espantable hidra... Por fin, anteponiendo á todo mi dignidad de varón, avancé hacia el peligro y me metí en la tienda... Las caras de los dependientes me dieron la impresión de estupor, de miedo y lástima... Yo les dije: «¿Qué hay de nuevo por aquí...?» Y como no me contestaran, quedándose ante mí cual estatuas de hielo entre percales y lanillas, les dije otra vez: «¿Qué hay por aquí...? ¿Y de ventas qué tal?» El mayor de ellos respondió: «Así, así... ¿Y á usted cómo le ha ido por esos mundos?

—¿Qué mundos ni qué carneros?... ¿Cabeza no está?

—Creo que ha salido. Suba usted y le dirán...»

Subí medio muerto de sobresalto. Salió á recibirme Jesusa, la criada vieja que á Cabeza servía desde tiempo inmemorial. No esperó á escuchar el metal de mi cortada voz para decirme: «Cabeza no está. Se ha ido á casa de su tía doña Florencia.

—¿Pero no vendrá pronto?

—No... Pase usted por aquí. Tengo que darle un recado.»

Llevóme á la que había sido mi habitación, y con seca voz me dijo señalando mi baúl: «Aquí tiene usted su ropa..., lo mismo la nueva que los pingajos que trajo acá... Puede usted retirarse. Cabeza me ha dicho que le diga... vamos..., que no volverá á su

casa... hasta que usted no se haya ido, llevándose su ropa.

—¡Jesús, Jesusa!—exclamé yo.—Eso no puede ser... Necesito explicar á Cabeza... ¿Ve usted estos papeles que traigo? Pues aquí está la explicación... Don Manuel Ruiz Zorrilla... ya sabe Cabeza que...

—Cabeza no sabe nada de eso. Por don Ignacio Rojo Arias mandó recado al señor Ruiz Zorrilla preguntándole... Total, que ni ese señor le llamó á usted, ni usted ha parecido por la casa de él, y que todo es inventorio de usted. Ya se lo dije yo á Cabeza: «¡Ay, Cabeza, Cabeza; ten cuidado con esa sabandija que has metido en tu casa!

—Pero yo necesito explicar, dar mis razones... Este papel... ¡Oh! Me harán pedazos antes que retirarme sin que Cabeza se entere de... Dígame, Jesusa: ¿las personas que aquí suelen venir han hablado desfavorablemente de mí..., han supuesto que yo...?

—Algo han hablado, por mi fe. «Es mucho Tito éste», decía el señor de Bringas. Según don Roque Barcia, usted se había perdido en los laberintos federales. Ni don Mateo Nuevo, ni don Roberto Robert, ni ningún otro dieron razón. Y todos á una decían: «Perdido está entre faldas...» ¡Ah!, se me olvidaba... Llegó ayer una carta... La firmaba una Marquesa... A ver si me acuerdo... *La Marquesa de Pata del Cid*... Decía que el señor Tito se había puesto al servicio de las damas católicas y alfonsinas, y que con ellas pasaba el día y la noche... Ya se vió que era broma. Pero de-

trás de las bromas salen las verdades... Conque á despejar pronto... Cabeza no vuelve á su casa, ya se lo he dicho ¡caramba!, hasta que usted no se haya perdido de vista.

—Pues, ea, me voy al otro mundo—dije avergonzado de la ultrajante despedida.—Me llevo mis papeles... Ella se lo pierde. A ver, á ver, Jesusa: llame usted á un mozo de cuerda, para que me lleve el baúl. Y diga usted á Cabeza que la perdono. Ella se lo pierde... Ella es la reacción; yo soy el progreso; pero *el progreso indefinido*... No lo digo yo. Lo dice Ruiz Zorrilla en estas páginas que han de ser inmortales... Ea... con Dios... Abur... Conservarse. ¡Oh, qué país! Al español honrado no se le hace justicia hasta que se muere... Pues venga la muerte, y tras de la muerte vendrá la justicia, vendrá la apoteosis.»

Y así, empleando los tonos patéticos al emprender mi forzosa retirada, salí de aquella casa, donde mi vida tormentosa gozó algunos días de regularidad placentera. Mandé el baúl á la portería de mi antigua casa de la calle de Los Leones, y me lancé á una divagación callejera, dando libre vuelo á mi desolado pensamiento. ¿Dónde me guarecería? Felizmente tenía cinco duros que me había echado en el bolsillo al salir para mi aventura loca. Por una noche y un día, podría crearme potentado. En el café de Las Columnas, me convidé á comer una tortilla y un bistec, seguidos de café con leche... Abreviaré mi relato, diciendo que aquella no-

che me dió albergue Mateo Nuevo, mi consecuente y bondadoso amigo, y que al siguiente día, mis pasos se fueron solos, por inconsciente magnetismo, hacia el barrio de Maravillas, donde tenía su encantadora gruta la diablesa causante de la soledad en que me veía...

Entré en la calle, y como á primera vista no reconociera la casa, fuí mirando los números, y atontado anduve de abajo arriba sin encontrar el 16 que buscaba. Aturdido pregunté á una mujer que parecía portera: «¿No es éste el 16?» Respondióme que era el 14... «El siguiente será 16», dije yo; y la maldita vieja, que me miraba con sorna, tomándose por demente ó borracho, pronunció estas fatídicas expresiones: «El número que sigue es el 18. En la calle no hay 16. Lo hubo. ¿Ve usted esa valla de madera que sigue? Pues en ese solar estuvo el 16,... si usted no manda otra cosa»... No pude menos de hacer una juiciosa observación: «Anoche debió de ser derribada la casa, porque ayer estuve yo en ella. Y si así no es, habré yo confundido el número. Dígame, ¿no vive en este 14 una señora que llaman doña Graziella? Si no es aquí, será en el 18.» Oído esto, la portera me dió la contestación más inconveniente y soez: «Sabe lo que le digo? Que si viene usted dormido, aquí tengo yo el palo de la escoba para despertarle... Y váyase pronto á que le den el amoníaco.»

En mi confusión y azoramiento al ver desaparecida ó tragada por la tierra la gruta de

la maga, me retiré sin saber por dónde iba. El incierto rumbo de mis pasos me llevó á la calle de Fuencarral; por ésta me metí en la de San Mateo, y al promedio de ella vi que hacia mí venía una persona..., un hombre, en quien creí reconocer á uno de mis amigos más queridos. Dudé; desconfiaba de mis ojos, que en tales días padecían quizás la dolencia de ver visiones. Avanzaba el sujeto... Su talla y andar, su rostro, su larga perilla rubia no podían engañarme. Era él, era él. Cuando á mí llegó con los brazos abiertos, mis dudas se extinguieron en este grito de alegría: ¡Estévanez... Nicolás Estévanez!

XI

Bastante más joven que él era yo, y por la edad, como por el respeto, solía llamarle *don Nicolás*. El me devolvía la fineza llamándome burlonamente *don Tito*. Abrazados todavía me dijo que acababa de llegar de Cuba, por vía muy larga y tortuosa... ¡Qué viaje, qué fatigas! Aún llevaba el pantalón blanco de hilo que usan los militares antillanos. Con él salió de la Habana, con él andaba en Madrid por no tener otro. ¡Y estábamos en pleno invierno! Por sólo este detalle, me movió á grande admiración la sublime pobreza del héroe... Así le llamo, porque por tal le tuve y le tengo.

«Yo no poseo más que cincuenta reales

mal contados, don Nicolás—le dije;—pero con esa suma, le convido: almorzaremos juntos.» Aceptó, y nos fuimos en busca de un cafetín. Por el camino y dentro del local modesto donde almorzamos, me explicó los motivos de su inesperada vuelta de Cuba, cuando le suponíamos allá bregando con los insurrectos... Hallábase en Madrid de reemplazo á fines del 71. No deseaba la situación activa, porque en ella se habría visto en el caso duro de tener que combatir á los republicanos. Puesto en el dilema de faltar á sus deberes ó á sus arraigadas creencias, pensó en abandonar la carrera militar... Sus modestas ambiciones se verían colmadas con un destino civil. ¿Cuál? Desde niño soñaba con desempeñar plaza de torrero en un faro. Era su ilusión *vivir entre las olas, con los pies en tierra, gozando la infame ventura de no tener vecinos*.

Ignoro si había llegado Estévanez á pretender la plaza de torrero, que era su ensueño. Soñando vivía cuando se pensó en destinarle á un regimiento, y aquí vino el conflicto: ó mandar soldados, cuya misión entonces no era otra que pegar á los republicanos, ó abandonar la carrera. No teniendo otro medio de vivir que su paga de capitán, salió del paso pidiendo el traslado á Cuba con el propio empleo. Otros iban con ascenso; él no aspiró á tal gollería. Embarcó en Octubre; llegó el 2 de Noviembre, día de los Difuntos; se presentó á las autoridades; no se le dió ocupación activa, ni en guarnición